

## Sociedad y discurso o discurso sin sociedad: el debate postestructuralista\*

Luis Enrique ALONSO



Ilustración: David Miedes Casas

Luis Enrique Alonso Benito -catedrático de Sociología en la Universidad Autónoma de Madrid- está especializado en sociología económica y del consumo, en el estudio del mundo del trabajo y en la metodología cualitativa de las ciencias sociales. Ha ejercido la docencia en diversas universidades internacionales y es autor de una extensa obra con títulos como *La mirada cualitativa en sociología* (1998. Madrid: Fundamentos) o *Trabajo y posmodernidad: el empleo débil* (2001. Madrid: Fundamentos).

La sociología no tiene sólo por efecto denunciar las imposturas del egotismo narcisista; ofrece un medio, tal vez el único, de contribuir, aunque sólo sea por la consciencia de las determinaciones, a la construcción, de otro modo abandonada a las fuerza del mundo, de algo así como un sujeto" (Bourdieu 1991: 44)

La palabra es cierto momento determinado de la acción y no se comprende fuera de ella (Sartre 1972: 67)

Parece obligado señalar que entre ese realismo y ese relativismo tan ingenuos y extremados que ahora se enfrentan hay todo un mundo a considerar que permite enjuiciar las mayores o menores dosis de realidad y verdad que contienen los distintos *relatos* o *narrativas* (Naredo 2006:131)

### 1. Introducción

Postmodernidad y postmodernismo no son ni palabras ni conceptos nuevos para la tradición cultural hispana. Estos términos que hoy nos resuenan conectados a la renovación —o quizás la desorientación— del pensamiento occidental a partir de los años ochenta y noventa del pasado siglo veinte, fueron ya profusamente utilizados por los escritores es-

\* Esta reflexión es una versión revisada, ampliada y actualizada del artículo: CALLEJO, Javier y Luis Enrique ALONSO. 1999. "El análisis del discurso: del postmodernismo a las razones prácticas" *REIS. Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, nº 88, pp. 37-73.

pañoles e hispanoamericanos, mucho tiempo antes en los años diez y veinte —en una fusión de movimientos vanguardistas que atravesaría el ultraísmo, el futurismo y el creacionismo simbolista— para armar lo que era su frente de oposición a la literatura y el ensayo derivados del humanismo sobredramatizado de la generación del noventa y ocho, o de la imaginería ingenuista y vitalista del primer modernismo social. Así, la reivindicación del valor generativo de la metáfora, de la autonomía de la forma, del intelectualismo extremo, de la imposible separación entre lo real y lo imaginario, o de la compleja multi-determinación del azar, del canto a la contingencia sin matices, etc., fueron ideas que, asociadas a aquel postmodernismo arcaico, ya se pusieron en juego en esa época y que hoy cobran especial actualidad al ser moneda de curso corriente del repertorio postmoderno convencional, usadas hasta la saciedad por cualquier autor que quiera situarse en la que es considerada la sensibilidad cultural dominante de nuestro fin de siglo. Hasta alguno de los autores de esa postmodernidad arcaica, como es el caso de Jorge Luis Borges —allí todavía de la mano de la monumental presencia literaria del más raro, erudito y casi maldito personaje de nuestra literatura moderna, el hace poco todavía olvidado y hoy casi idolatrado Rafael Cansinos Assens—, se han convertido en personajes fetiche del postmodernismo de hoy y, de la misma manera, el paralelismo es tal que muchas de las críticas que ya se le realizaron entonces a aquel confuso y confusionista movimiento —su excesivo reaccionarismo, elitismo, conservadurismo, formalismo, nihilismo, etc.— se siguen repitiendo hoy, sin demasiados problemas en la transposición, a los más eximios representantes de las teorías postmodernas en su retórica actual<sup>1</sup>.

1 Sobre el tema del postmodernismo literario español e hispanoamericano de los primeros decenios del siglo XX y su influencia sobre visiones teóricas actuales, véanse Del Río (1996: 447-524) y Yurkievich (1996). Perry Anderson (1998), en un interesantísimo trabajo, rastrea en los orígenes del concepto de postmodernismo y en sus usos más antiguos sin olvidar sus raíces hispanas e hispanoamericanas.

De esta manera, como ha señalado Umberto Eco<sup>2</sup>, existe una irresistible vinculación entre el postmodernismo y el manierismo, hasta acabar diagnosticando el mismo Eco que los postmodernos son los manieristas de nuestra época o, quizás, los manieristas de todas las épocas. De hecho, este movimiento cultural, cuando arranca en la arquitectura, a final de los años setenta, trata de acabar con la dictadura del racionalismo y el funcionalismo centrales en el pensamiento moderno, así como con la fe en el progreso, la técnica y la historia lineal, y sustituir todo este síndrome de convenciones e instituciones naturalizadas por el pensamiento normalizador occidental por una nueva sensibilidad basada en el eclecticismo, la ironía, lo ameno, lo débil, lo hiper-complejo, lo mínimo y, sobre todo, por la ausencia de toda pretensión de encontrar una razón que pueda ser definida fuera del relativismo más extremo<sup>3</sup>. De cómo este movimiento fundamentalmente estético se ha ido convirtiendo en central en el pensamiento occidental actual y de cómo este postmodernismo elitista, nihilista y apocalíptico se complementa sin dificultad con el más agresivo neoliberalismo economicista y mercantilizador hasta convertirse en una especie de adorno formal del individualismo propietario actual, mucho se ha escrito y mucho queda por escribir<sup>4</sup>. Quizás ya la fuerte pretensión

2 Este diagnóstico se encuentra en Eco (1988: 658-659), y una aplicación para temas actuales en Eco (1998 y 2007).

3 El libro de arranque sobre el postmodernismo en la arquitectura es el de Jencks (1987); merece la pena consultar las observaciones sobre la estética postmoderna que se encuentran en Ripalda (1996) y en Connor (1996). Precisamente leyendo una valoración de la arquitectura postmoderna —la que realiza el arquitecto mexicano Jesús Rábago (1995: 171)—, nos encontramos con una presentación del tema directa y sugerente: «Las preocupaciones de la postmodernidad parecen válidas, no así sus propuestas que tienden más a mostrar caprichos absurdos que proyectos pertinentes», y Habermas (1994) arranca en un sugerente ensayo sobre la arquitectura postmoderna para criticar la política de la postmodernidad y con una evaluación muy parecida a la del autor anterior. Para una revisión general de este territorio específico del discurso postmoderno véanse: Butler (2002) y Butler y Bord (2003).

4 Sobre las relaciones entre el postmodernismo cultural y el neoconservadurismo que arranca en los años ochenta pueden verse los trabajos recogidos en dos de las más completas revisiones sobre el tema, como son las de Nicholson y Sheidman (1995) y Berger (1998); asimismo una requisitoria especialmente dura, pero completa contra

esteticista y retórica de sus propuestas indique mucho de su triunfo y su conversión en moda; pero lo que aquí nos va a ocupar es otra cosa, mucho más modesta, como es llevar a cabo una primera evaluación de recepción de lo postmoderno en las prácticas de investigación y explicación sociológica y especialmente en lo que, no sin problemas terminológicos de todo tipo, llamamos sociología cualitativa.

Es tal la identificación entre postmodernidad y discurso que se ha llegado a constituir el propio término de discurso como el portador de un programa teórico completo que empieza con Lévi-Strauss, tiene como principal paladín a Foucault<sup>5</sup> y acaba llevando Derrida al paroxismo al variar el ángulo de aproximación desde el concepto de discurso hasta el de *texto*. Así, a pesar de las diferencias entre los sólidos presupuestos epistemológicos del estructuralismo clásico y los mucho más volátiles postulados metodológicos del postmodernismo; sin embargo la lingüística y el análisis del discurso en sus múltiples variaciones han venido a servir en la confusión postmoderna como rehenes de una operación que se presenta, como apunta Lecerle (1990), en forma de una especie de liberación de una sensibilidad lingüística y narrativa reprimida por los saber positivista inmanente a la modernidad. Pero si lo que caracteriza al postmodernismo es, desde el mismo Lyotard (1984), el hecho de situar todo problema en

---

el postmodernismo por su deriva conservadora se encuentra en Zurbrugg (2000).

5 La importancia de Michel Foucault en la creación y lanzamiento de la constelación de temas de la agenda postmoderna es por evidente incuestionable, para presenciar el vuelco del pensamiento hacia el discurso, la discontinuidad, el poder, la anormalidad de la normalidad, la genealogía, la locura, la construcción de la verdad, la arbitrariedad de las categorías de pensamiento —recuérdese de la celeberrima cita extraída del relato de, cómo no, Jorge Luis Borges *El idioma analítico de John Wilkins* sobre las delirantes clasificaciones obtenidas de cierta enciclopedia china—, sólo es necesario hacer una relectura panorámica de la obra de Foucault (2001). La polémica sobre la obra de Foucault (¿moderno o postmoderno?) es, hoy por hoy imparable, revisiones completas de su obra se encuentran en Vázquez García (1995) y Gros (1996), las potencialidades metodológicas de la genealogía propuestas por este autor francés son analizadas en Moro Abadía (2006) y una genealogía del propio Foucault como personaje en el campo intelectual francés de su tiempo se encuentra en Moreno Pestaña (2006).

términos de «narratividad» o «discurso», hay que empezar haciendo varias puntualizaciones, primero que el analizar los temas sociales en términos de discurso es algo que se remonta a la construcción misma de la sociología y de las ciencias sociales como disciplinas modernas y no es ninguna novedad debida a la sensibilidad postmoderna, lo que sí es nuevo es exacerbar el carácter aleatorio, omnipresente y mal llamado contingente que se le otorga al uso de los discursos y textos hasta hacer estallar lo social mismo, y, segundo, es evidente que no todo problema sociológico puede resolverse según los esquemas del análisis del discurso propuesto por los postmodernos<sup>6</sup>, empezando porque todo lo social no se puede reducir a texto.

Las páginas que siguen persiguen, precisamente, deshacer entuertos y clarificar situaciones, tratando de hacer resaltar que quizás la falta de modestia que, en el fondo, ha supuesto toda la confusión postmoderna, más que enterrar definitivamente al positivismo, quizás le haya dado nuevas alas al sumergir la labor de la crítica en una profunda sima asocial donde «todo vale» y donde, por tanto, se instituye el análisis del discurso sobre la máxima de «todos los gatos son pardos», cosa que más que reforzar la atención sobre lo discursivo lo disuelve por saturación; sus términos, el postmodernismo tiende a la entropía discursiva, quedando todo en una confusión socialmente estéril. Como se dice en una reciente y muy completa evaluación de lo que el postmodernismo nos ha dejado —realizada expresamente ya después y «más allá» del giro cultural postmoderno (Bonnell y Hunt, 1999: 25)—, al tenor de los tiempos que hemos vivido nos deberíamos decidir por un estilo de pensamiento algo más modesto y menos ambicioso, rechazando posiciones que intenten o bien explicarlo todo (como el positivismo y las escuelas marxistas más mecanicistas algún día tuvieron la esperanza de hacer) o bien no explicar

---

6 Una evaluación separada del postestructuralismo y el postmodernismo para el análisis sociológico se realiza en Alonso (1998 y 2005). Un gigantesco análisis del movimiento estructuralista y su reconversión al postestructuralismo se encuentra en el muy interesante balance genérico de Dosse (2004).

nada, como los postmodernistas pretenden al presentar un rechazo absoluto a la idea de explicación en sí misma.

## 2. La retórica de la deconstrucción como ritual mágico del postmodernismo

Si hay un término que abre camino directo al centro de la sensibilidad postmoderna, haciendo saltar todos los tonos mágicos y (anti)míticos que presuponemos cuando manejamos la palabra postmodernidad, ese término es el de deconstrucción, concepto que además viene a hacerse sinónimo, en muchos casos y para muchos autores<sup>7</sup>, de las prácticas de análisis del discurso realizadas después del giro post-moderno. Evidentemente, no vamos a entrar aquí a analizar ni los fundamentos, no fundamentados por definición, del deconstruccionismo ni la obra de los deconstruccionistas ilustres, sea el seductor y encantador —casi de serpientes— Jacques Derrida, tomado justamente como cabeza de fila del movimiento; sean los deconstruccionistas norteamericanos, de la escuela de Yale; como el oscuro y filonazi en su juventud Paul de Man —personaje que abre inmediatamente el abismo heideggeriano y el morbo de la «parte maldita»—, o los elegantes y académicos Geoffrey Hartman, Harold Bloom o J. Hillis Miller<sup>8</sup>. Sólo queremos ver que si seguimos los presupuestos de la deconstrucción nos encontramos con

7 Sobre la deconstrucción como movimiento teórico, véanse dos informadísimos libros como son el de Culler (1984) y el de Norris (1998); este último trata de separar —inútilmente, a nuestro modo de ver— deconstrucción de postmodernidad, inutilidad que viene de intentar «filtrar» o «depurar» los conceptos cuando su equivalencia factual viene de los usos sociales, y los efectos políticos, que refuerzan conjuntamente a ambos discursos. Una introducción avanzada y de gran calidad se encuentra en Peñalver (1990).

8 Es evidente que no podemos aquí citar ni una mínima parte de los trabajos de la escuela deconstruccionista de Yale y la recepción norteamericana de Derrida; como introducción pueden verse dos antologías muy completas e interesantes como son las de Asensi (1990) y Fabb y otros (1989). Sobre el famoso y tortuoso caso de Paul de Man, tan revelador de las confusiones y desorientaciones ideológicas del movimiento, además del clásico de Derrida (1998a), la introducción de Norris (1988). El hecho que el postmodernismo haya estado asociado a la difusión desde los Estados Unidos del pensamiento postestructuralismo francés hasta quedar asociado al concepto de *French Theory* es estudiado exhaustivamente por Cusset (2003).

un estilo de análisis de discurso que necesariamente expulsa el mundo de lo social de sus dominios.

Para los deconstruccionistas, ninguna interpretación de un texto puede reclamar una autoridad definitiva, pues el texto mismo porta siempre y de manera constitutiva contradicciones indecibles que socavan su coherencia, que de esta manera siempre se convierte en aparente. La deconstrucción se define así siempre en negativo, levanta «las trampas» de los textos desde un *lector contingente* que no postula más significado que su propia lectura. Sin referencia ni significado externo, el texto sólo puede apelar a otros textos, en un juego de combinaciones y permutaciones infinitas de significantes que se componen no tanto por ningún principio de identidad con realidad alguna como por «la diferencia». El único sentido de un texto es su diferencia (oposición) a otros textos, el texto es un ente volátil cuya única e inútil aspiración para fijar su significado es, al fin y al cabo, el texto mismo. Todo es deglutido finalmente por «el texto», que se convierte por ello en la realidad única.

El arsenal de la deconstrucción, formado en sus convenciones centrales en el postestructuralismo, con el que de hecho llega a confundirse —si tomamos a este postestructuralismo como el movimiento intelectual que trató de disolver la objetividad y cientificidad de las estructuras y las oposiciones binarias del lenguaje, postuladas explícita o implícitamente por el estructuralismo lingüístico clásico, en un casi inaprehensible juego de saberes, poderes y placeres previos e incluso generadores de lenguaje mismo<sup>9</sup>—, está compuesto de un impresionante conjunto de neologismos y cultismos, cuyo uso, en

9 El paso del estructuralismo al postestructuralismo, con la figura de Roland Barthes como puente generacional y teórico, se estudia en Culler (1978 y 1987). May (1994) hace una revisión de las consecuencias filosóficas y políticas del postestructuralismo, conceptuándolo como un neanarquismo; por fin, Cuff, Sharrock y Francis (1998: 237 y ss.) colocan este movimiento ya entre las principales escuelas que forman el *mainstream* de la teoría sociológica contemporánea. Se puede observar también en las últimas aportaciones de Barthes — por ejemplo sus lecciones en el Collège de France (Barthes 2002)— una línea de deriva hacia *el significante* genuinamente postmoderna.

último término, es la garantía de que el análisis de discurso practicado es una «deconstrucción del texto» realizada en pureza. A este repertorio nos referiremos a continuación por cuanto que —independientemente del valor de sus supuestos filosóficos subyacentes, que pueden ser todo lo apreciables y originales que se quiera, cosa que no vamos a entrar aquí en juzgar— se ha convertido en el conjunto de recetas a seguir por los deconstruccionistas, implicando esto, a nuestro modo de ver, una lejanía cada vez más notoria de los contextos sociohistóricos reales de interpretación y, sin embargo, un ensimismamiento en una retórica bastante cerrada que muchas veces habla de contextos, pero que nunca llega a explicitarlos ni a concebirlos (Meschonnic 2002).

Así, el concepto de deconstrucción mismo, tal como lo reclama Derrida, se define siempre en negativo, como hemos dicho. Primero, contra la tradición logocéntrica del pensamiento occidental que confía en la potencia del pensamiento para encontrar significados estables, sin embargo, el conocimiento humano es, según nuestros autores, el producto contingente de prácticas lingüísticas plurisignificativas que se resisten a ser encajadas en cualquier representación de una realidad externa que no sea otra cosa que una narración particular, local y subjetiva. Luego aparece la otra gran tradición engañosa que trata de quebrar el deconstruccionismo: el fonocentrismo, por el cual toda la lingüística moderna había querido encontrar en el habla, en lo oral, la voz natural y auténtica del hombre, considerando a la escritura un lugar secundario, por ser una expresión artificial, forzada y construida fuera de los marcos habituales de la convivencia y, por ello, del sentido auténtico de la existencia del hombre. Sin embargo, para el deconstruccionismo la escritura es la capacidad de crear narraciones mismas, es anterior y fundamento del lenguaje mismo; en el principio no está «la cosa», sino el signo, y el signo no es su referibilidad simple, sino vuelto sobre el propio signo en su infinita capacidad de crear narraciones; por ello, ya no estamos ante una semiología, sino

una gramatología que toma los textos como redes sin principio ni final definibles antes por sus huellas y sus vacíos que por su representación<sup>10</sup>.

Los deconstruccionistas vuelcan el texto hacia su plano significativo —de hecho, para Derrida la historia de la filosofía ha sido la represión del significante, en el más genuino sentido lingüístico, frente al significado tomado logocéntricamente por verdad—, pero ese plano significativo no tiene código filológico ni esencia temática única; sólo es una trama de misterios que se refugian entre líneas y que producen efectos contextuales bajo la aparente linealidad y coherencia del texto. Deconstruir no es, pues, ni siquiera interpretar; es buscar las lecturas insólitas y no convencionales que se pueden realizar del texto, seguir todo texto como una incorrección en sí mismo, hacer saltar su lógica, porque toda lógica postulada como esencial y trascendente es en alguna parte ilógica y no puede ser apuntalada nada más que por trampas y trucos que provienen de referencias contingentes e inestables.

Debido a que se rechaza de entrada cualquier determinación del sentido en el texto —por el tema, por su referencia, por sus estructuras lingüísticas subyacentes, etc.—, lo que implica la negación de toda autoridad en la lectura, el deconstruccionismo avanza así en un proyecto de desfundamentación de la hermenéutica, separándolo de la tecnología lingüística o de cualquier pretensión humanística o materialista de encontrar algo exterior al texto que fije su sentido. En el texto no hay referencia —como pretenderían las escuelas realistas— ni actualización de códigos —como postulan los estructuralistas clásicos—; en el texto sólo hay indeterminación y opera por diseminación, toda palabra remite a otra palabra y todo texto remite a otro texto en una cadena infinita de sentidos parcialmente compatibles y, a la

10 El núcleo de la exposición de la obra de Derrida lo hacemos a partir de Derrida (1971, 1975, 1989, 1993 y 1997). La deconstrucción derridiana ha seguido por caminos diversos, realizando (anti)lecturas que van desde el mismísimo fantasma de Marx (Derrida, 1995) a la mitología moderna de la amistad (1998b). Para una visión general de la obra de Derrida, véase Norris (1987).

vez, parcialmente incompatibles entre sí. Esta diseminación multiplica la complejidad y la inestabilidad de todo texto, haciendo de su significado algo azaroso, ambiguo y forzosamente dependiente de sus contextos de lectura, y dado que estos contextos en Derrida, por ejemplo, vuelven a estar literalmente creados por otros textos y narraciones, el resultado es una lectura realizada con un criterio de relativismo externo y de subjetividad desaforado. Deconstruir es así hallar líneas de diseminación habitualmente indecibles, romper los caminos lógicos del texto para revelar sus silencios, sacar a los discursos de sus ejes para negarlos como textos definitivos.

Y, por fin, aparece otro de los términos fetiches de la deconstrucción, el de diferencia. Creado en la ambigüedad y polisemia del verbo *diferir* (enfrentarse, separarse, retrasar, posponer, etc.) y el sustantivo *diferencia* (resto, diversidad, anormalidad, oposición, diferendo, etc.), el concepto de *différance* de Derrida arrastra y amplifica toda la filosofía de la negación —Nietzsche, Heidegger, etc.<sup>11</sup>—, para plasmarla en su estrategia de deconstrucción, de cruce y entrecruce de textos para mostrarlos en su infinita repetición y derivas de sentido, en su ausencia radical de cualquier momento auténticamente original y fundante. Extrapolando y, a la vez, subvirtiendo la idea saussuriana de que el valor del signo siempre viene dado en función de un sistema de diferencias, el deconstruccionismo derridiano invierte el sentido positivo de la lingüística estructural clásica, primero porque deniega que exista algo fuera de la lengua misma que establezca un significado, luego porque utiliza el término *diferencia* no para marcar una identidad frente a otras sino para negar la esencia de toda identidad.

Apelando a la diferencia se rechaza cualquier intento de totalización del pensamiento —que a estas alturas significa ya directamente la forma más refinada de totalitarismo—, la noción de una identidad esencializada y transparente se rompe y fragmenta

en el proceso siempre contingente, cambiante y diferido del lenguaje; todo, absolutamente todo, es definido por su parcialidad, por su particularidad, por su descentramiento. La diferencia, entonces, debe ser entendida como un principio débil de no identidad que hace la significación posible sólo por desplazamiento, por distanciamiento entre significados y significantes; así, tal significación sólo es un efecto indebido y diferido, y el sentido es un nuevo trazo de otros significantes que se han ido combinando y contraponiendo en escrituras y lecturas sucesivas y siempre provisionales y parciales. La diferencia, en suma, es un concepto ambivalente porque se alimenta de la ambivalencia de los propios textos, de su indeterminación, indecibilidad e incitabilidad. Si podemos encontrar alguna huella de significado es porque no hay identidad; la deconstrucción explora y explota la diferencia para encontrar en ella la única y posible, aunque inestable y dudosa, fuente de interpretación.

Las resonancias y connotaciones del término *diferencia* han sido, quizás, las responsables netas del indudable éxito intelectual y universitario del movimiento deconstruccionista en su conjunto. Además de arrastrar una cadena semántica inquietante y, por ello, fascinante —desaparición, descentramiento, diseminación, discontinuidad, dispersión, desmitificación, desestabilización, etcétera—, presentaba, en su obsesión por fragmentar y fracturar el saber, la posibilidad de pensar desde lo que ha sido considerado minoritario y diferente, desde lo históricamente marginado en el campo del género, de la sexualidad, de la lengua, de la política, de los espacios y territorios. No por casualidad, entonces, los trabajos de Luce Irigaray<sup>12</sup> para leer los diferentes cierres textuales que han construido la dicotomía hombre-mujer, desde la religión hasta la ciencia, como realidades estables, objetivas totales y su inequívoca llamada a una subjetividad particular y diferente, suelen ser puestos como ejemplo del potencial desfun-

11 Para avanzar por «las aventuras de la diferencia» hasta llegar a otro tópico asociado a la postmodernidad: el pensamiento débil, ver Vattimo (1986).

12 Véanse, como ejemplos más representativos, Irigaray (1984 y 1992). Sobre el tema del feminismo, «la diferencia» y la teoría del discurso, véanse las diferentes aportaciones recogidas en Colaizzi (1990).

damentador de la deconstrucción postmoderna tomada en su sentido más amplio. Los efectos de verdad de los textos se forman mediante una red lingüística de exclusiones y diferenciaciones latentes, construidas a partir de una multiplicidad de posiciones discursivas; lenguaje y metalenguaje —todo es metalenguaje por definición— se funden en textos que, tratando engañosamente de prescribir la realidad, sólo son capaces de usar y parasitar otros textos, de acabar cayendo, pues, en el texto infinito como ausencia de realidad objetiva. Si todo es contingente, textual y contextual, todo se puede cuestionar acudiendo a otras contingencias, textos y contextos (Rorty 1996).

### 3. En busca del sujeto perdido: un viaje hacia cualquier parte (o hacia ninguna)

Dejando de lado lo que de radical, de entrada, tenga o pueda tener el proyecto deconstruccionista, aunque hay autores de la talla de Jürgen Habermas que, como se sabe bien, han intentado emparentar a Derrida con una tradición contramoderna y neoconservadora, típica de las lecturas más nihilistas e irracionistas de Nietzsche<sup>13</sup>. Y teniendo en cuenta,

13 Véanse en esta línea la clásica aportación de Habermas (1989) y la muy crítica visión de todo el movimiento postmodernista hecha por Callinicos (1989 y 1998), desde un punto de vista abierto y declaradamente marxista. El incombustible historiador del pensamiento crítico Martin Jay (1998) llega a hablar del peligro de un fascismo postmoderno. Desde el marxismo crítico resulta especialmente revitalizadora y en algunos momentos fascinante la perspectiva de Marshall Berman (1988 y 2003). La negación del progreso —nudo del postmodernismo— recordemos que ha sido también esencial en la vertiente neoconservadora del pensamiento actual a partir, por ejemplo, de la reivindicación de la obra del inquietante Leo Struass (2004), autor fundamental en las ideas de las *lecturas despiadadas* de las bases del orden occidental. Las fuentes del pensamiento de Struass son conocidas y se remontan a la reelaboración dura y poco conciliadora del legado de Aristóteles, Platón, Maimónides, etc. de los que hace interpretaciones muy particulares, pero fundamentalmente es tributario de tres pensadores modernos: Nietzsche, Heidegger y el propio Carl Schmidt (los tres destinados a ser cada uno a su manera estrellas rutilantes en el pensamiento postmoderno postestructuralista) de los que extrae su lado más oscuro. En Heidegger, Struass encuentra el odio por la modernidad, así como el rechazo al cosmopolitismo universalista y a la sociedad humanista que se convierte en débil y corrupta y que el filósofo debe contribuir a demoler; en Schmidt, la necesidad de establecer

también, que el carácter y la percepción de los usos de la deconstrucción, como la del postmodernismo, en general, varían mucho según países y tradiciones políticas y culturales —en Estados Unidos y Gran Bretaña han sido recibidos siempre asociados a las acciones de los nuevos movimientos sociales y la defensa de las minorías contra el poder de la identidad blanca, positivista, masculina y occidental; en Europa y América Latina la sospecha de su connivencia con el neoliberalismo, el hedonismo individualista y el descompromiso social activo ha hecho negar a muchos de su carácter progresista<sup>14</sup>—, vamos a entrar aquí en las consecuencias que para el análisis e interpretación de los discursos en el cam-

claramente distinciones entre amigo-enemigo y la reteologización de lo político, la cínica unión de política, religión y moral, un discurso elaborado conscientemente por los sabios —nobles mentiras— para tranquilizar a quienes no están dispuestos a conocer la verdad, en Nietzsche extrae la concepción del “hombre superior” que, para él, es el “filósofo”, considerando como tal a aquel que conoce la verdad en la comunidad. Shadia Drury, además de estudiar muy a fondo el pensamiento Leo Strauss como profundo creyente en la eficacia y la utilidad de las mentiras en la política, ha puesto en primera línea de investigación la relación entre Strauss y el ruso Alexandre Kojève —el padre del pensamiento francés que acabará desembocando en el postmodernismo—. La amistad entre el alemán y el ruso se fragua en el París de refugiados de los años treinta y aunque nominalmente extremos en sus posiciones políticas aparentes la relación emotiva, epistolar, y teórica es estrecha a lo largo de muchos años y eso hace que además de una considerable polémica pública (véase Montserrat Molas 2007), la sintonía de ciertos pensadores neoconservadores como el manido Fukuyama o el Allam Bloon, al fin y al cabo los diagnósticos de ambos sobre el fin de la historia o la incapacidad de la mente y la política moderna están llenos de rimas de la versión que hace Kojève de Hegel. Rimas por cierto que también aparecen en los pensadores postmodernos franceses en otro tono y en otra onda, pero con la misma e inequívoca raíz. Para aclarar el lugar de Kojève en pensamiento filosófico francés véase el clásico trabajo de Vicent Descombes (1988). De todas formas como indica José Luis Moreno Pestaña (2008: 101) la singladura del postmodernismo intelectual francés —y por ende prácticamente mundial, incluido el hispano— ha pasado por tres momentos, su origen es el marxismo, su segunda parada es el pensamiento libertario-crítico-contracultural, su estación término es un juego de complicidades más o menos claro, más o menos disimulado, primero con el elegante liberalismo anglosajón, luego con el rudo neoliberalismo “neocon”.

14 Evaluaciones muy diferentes del fenómeno postmoderno nos encontramos en la obra del norteamericano Giroux (1996) —o en la del británico Norris (1997)—, que cuando nos enfrentamos a la visión latinoamericana de Lechner (1988) o a las aportaciones recogidas por Veiga Neto (1997) o por Follari y Lanz (1998).

po de la investigación social suponen estas nociones derridianas impregnadas de un anarquismo metodológico extremo y de un relativismo radical e irreducible que en algunos casos bordean peligrosamente el bloqueo solipsista (Bauman 1997 y 2003).

Por tanto, reconociendo lo que de antiautoritario y de generador de miradas originales, reveladoras y desveladoras nos ha traído el deconstruccionismo, también tenemos que reconocer las deformaciones, abusos y callejones sin salida en los que nos ha colocado, en muchos casos producto de los excesos de seguidores demasiado entusiastas o incautos, pero también, y eso es necesario decirlo, de los antiprincipios que fundan esta escuela, movimiento, programa, paradigma o como se le quiera llamar. El deconstruccionismo es como el movimiento abstracto en el arte, anula toda referencia figurativa y necesita un relato que nos desentrañe qué son esas impresiones, colores, fragmentos y destellos que hay en la obra para hacerle de algún modo inteligible, para crearlo de nuevo —relato que crea el crítico, el lector, el autor, el deconstructor, todos y ninguno a la vez—. Y hasta ahí todo va o puede ir bien; el problema es decir que la abstracción anula hasta hacer inexistente el modelo, la figura, los sucesos históricos, otros tipos de arte representacionista y, por lo mismo, las acciones, necesidades y voluntades de los sujetos que han hecho posible la elaboración misma de la obra.

De esta manera, el concepto de texto que maneja la deconstrucción es prácticamente inmanejable en investigaciones concretas. El texto, separado de cualquier anclaje empírico o de referencia social operante, se convierte en una entidad inasible que, además, por la diseminación y el diferimiento de la significación que se postula nos acaba llevando al texto como única antirrealidad absoluta y opresora. Si el discurso, tomado éste como una práctica simbólica que se construye en y construye a los actores sociales en la representación de sus conflictos, intereses y formas de historicidad concretas, nos lleva a las razones prácticas y a los nichos de la vida intersubjetivamente creados, el concepto de texto deri-

vado hasta ese metatexto del que nada puede salir se convierte —a pesar del radicalismo inicial de la propuesta deconstruccionista y de la ironía contra las verdades de la interpretación— en un concepto de tintes autoritarios, no tanto por sus posibles repercusiones políticas —que las puede tener— como por su incapacidad de dejar cualquier libertad de acción-reacción, interpretación y crítica a los sujetos en sus realidades concretas. Para luego cargar los tintes en una lectura que, por ser infinitamente arriesgada, de hecho no tiene el más mínimo riesgo al poder decir y desdecir todo en un canto a la arbitrariedad absoluta y autocomplaciente<sup>15</sup>.

No es extraño, así, que los supuestos desmontajes y demoliciones deconstruccionistas se realicen en, para y por escritos absolutamente académicos (si no academicistas) y que hayan sido textos literarios, filosóficos y, sobre todo últimamente, científicos los objetos de esta deconstrucción<sup>16</sup>. El análisis del discurso derridiano se convierte así en una teoría, o incluso en una metateoría, una crítica en términos retóricos de los repertorios de los textos y sus efectos de verdad, una lectura «abrasiva» sobre el texto que, por definición, desdeña todo lo demás. Conforme nos vamos alejando de textos y escritos —en el más simple y vulgar sentido de los términos—, conforme los discursos son más cotidianos, más llanos, menos cultos, más inestables e inseguros, por ser también más cálidos, naturales y encarnados en situaciones sociales concretas, el deconstruccionismo

15 Estos argumentos se desarrollan en McCarthy (1992: 107-137) y en Wolff (1997). Más radical todavía, Mathew Stewart, después de algún intento de traducción jocosa de textos de Derrida —que nos recuerda vagamente a aquellas reescrituras clarificadoras que trataba de hacer el crítico C. W. Mills con la obra del conservador y funcionalista Talcott Parsons—, acaba con un diagnóstico casi brutal: «En un sentido, la deconstrucción es parasofía elevada a método. Define la filosofía como la actividad parasitaria que consiste en demostrar que cualquier texto, disciplina u otra actividad intelectual que pretenda (o no) representar la totalidad filosófica es inadecuada» (Stewart, 1998: 460).

16 Como señala Fuchs con respecto al deconstructivismo en sociología de la ciencia: «uno no puede deconstruir la práctica de la ciencia natural simplemente deconstruyendo sus textos. Uno debería entonces deconstruir también laboratorios, máquinas, fundaciones y el estado; una tarea que es claramente excesiva para la crítica literaria» (Fuchs, 1992: 19).



se va desentendiendo, quizás porque su provocación va perdiendo interés y fuerza. Los textualistas supuestos del deconstruccionismo —que acaban convirtiendo toda realidad en un texto— anulan los aspectos de indexicalidad y referibilidad de los discursos hasta dejarlos en sus dimensiones retóricas, sólo una antirretórica se opone a la retórica, sólo una escritura (esta vez en sentido derridiano) a otra. El camino para el elitismo y el oscurantismo retoricista estaba abierto.

En efecto, al disolver los contextos pragmáticos e históricos sociales de los discursos —tanto de los que los enuncian como de los que los interpretan— en esa especie de «mundo-texto», todo lo que quedan son los juegos, las ironías y las capacidades para sorprender, molestar o epatar de un lector dispuesto a «textualizar» sus diferencias. De aquí que el único recurso de la crítica final sea alambicar y complicar la lectura, retorcerla hasta hacer sudar al texto (y al otro lector), complejizarla hasta hacerla ininteligible. Romper la simplicidad de la supuesta verdad fragmentando y entrecortando el texto hasta también buscar su fuerza en lo inconsciente y lo intersticial. Pero estos recursos, que bien manejados pueden ser intelectualmente excitantes, cuando se convierten en «recetas textuales» son estériles, gratuitamente oscuros, insoportables en su lectura y perniciosos en sus efectos, al excluir toda razón, toda referencia, toda construcción concreta y toda verosimilitud social<sup>17</sup>.

17 Eagleton (1993, 1996 y 2005) lleva este razonamiento hasta sus últimas consecuencias, haciendo una verdadera crítica política del estilo del deconstruccionismo y el postmodernismo. De esta manera, en la última obra referenciada de este autor, justamente en el capítulo que se dedica a «las falacias» del postmodernismo, se considera a éste como algo que se sitúa mucho más allá de un error teórico, se define como una ideología en toda regla y en el sentido más fuerte del concepto, que hace una apología del particularismo complaciente y que elimina la capacidad de acción de los actores para disolverlos en los signos y simulacros del mercado cultural. En esta misma línea, se puede apreciar —como muy bien muestra José Luis Rodríguez García (2006:121 y ss.)— que en la estrategia *poética* postmoderna se encuentra una especial voluntad por no separar la ficción de otras clases de discurso, sea histórico, descriptivo, documental, técnico, etc. y por ello el receptor esta definido por su imposibilidad radical de discernir, la ficción o el argumento, la falsedad de la realidad y, en

La altivez y la falta de la menor modestia intelectual que ha mostrado habitualmente el deconstruccionismo le han encerrado en un buen número de mistificaciones y aporías de las que sólo ha podido salir —malamente— acudiendo a su propia retórica (diferencia, diseminación, indecibilidad, etc.); de esta forma, la metacrítica deconstructivista, por mucho que se autoconstruya, no deja de ser una forma de crítica literaria convencional, expuesta en términos clásicos de causalidad, lógica y secuencia, hecha en foros académicos por personas refinadísimas, con estrategias de promoción profesional y comercial, con usos idiomáticos producto de centenares de horas de educación, mostrando erudición poderosa y, en suma, beneficiarias de todos los productos del «logos» occidental y de la división del trabajo que ha posibilitado ese logos. Del mismo modo, el deconstructivismo sólo puede envolver en palabrería todo aquello que está «fuera del texto», como son todos los problemas que se derivan de la «gramática de los motivos y las motivaciones», sean físicas, biológicas, sociales, psicológicas o cualquier otro que se quiera. El muy difundido «caso Sokal», en el que este físico norteamericano —parodiando y llevando a los extremos más enloquecidos el estilo derridiano, pero trucando, descaradamente, en muchos casos, las más elementales, conocidas y viejas ecuaciones físicas— entrase por la puerta grande de la deconstrucción para luego descubrir amargamente su parodia, es buen ejemplo de que el textualismo deconstructivista se encierra en la mayoría de las ocasiones en un mundo autista y, en el fondo, autocomplaciente que se autojustifica en su propio, e ignoto, discurso<sup>18</sup>.

suma la verdad de la mentira. Estas consideraciones configuran la muerte del argumento demostrativo sobre los acontecimientos o hechos, y la muerte, por lo tanto, del sujeto. El desprecio por la argumentación del pensamiento postmoderno nos conduce, también, al peligro inminente de la trivialización de la violencia, porque «si todo da igual» no hay forma de establecer criterio para escuchar, responder e intercambiar, lo que nos pone al lado del abismo; ver Pereda (1998: 327-339).  
18 No vamos, lógicamente, a entrar aquí en el tema de Alan Sokal y su artículo paródico, ni tampoco a referenciar la enorme repercusión bibliográfica que ha tenido el tema —repercusión que ha ido desde las revistas científicas hasta los suplementos culturales de los diarios, pasando por las páginas electrónicas de la w.w.w.—; nos

Porque el problema de la dificultad del estilo deconstruccionista va mucho más allá de su falta de claridad o de su reclamo de un esfuerzo desmedido para ser leído —si por esto fuera, gran parte de la historia del pensamiento occidental debería de ser proscrita—; es un problema de estilo de acercamiento a los problemas de la interpretación. Esta forma, a la vez infatuada y críptica de hacer, sólo es posible cuando a los textos —los leídos y los escritos— se les da un valor final y último, cuando no se reconocen los límites y los destinos sociales de los textos, cuando, en suma, el texto es algo a destruir para sustituir por otro texto (a ser posible, el mío). El texto es así máximamente negado y por eso, a la vez, máximamente afirmado, y con ello es negado cualquier sujeto y, en lo que aquí nos interesa, el sujeto social. Para ser encumbrada, por el contrario, la figura narcisista del lector/escritor/deconstruccionista.

Sin embargo, y sin entrar aquí en el eterno problema de la validez y corrección de la interpretación, sí que indicaremos que frente a la tendencia derridiana a violentar el texto —y, en suma, sólo valorar sus silencios— hay otras hermenéuticas que prefieren escuchar la voz de los actores individuales y colectivos de los discursos. Por esto, frente a la dispersión y diseminación de cualquier sentido, prefieren encontrar los sentidos de los discursos en situaciones sociohistóricas multideterminadas. Y frente a la negación de toda verdad, prefieren explorar las representaciones concretas y socialmente construidas de la verdad que han empujado a los sujetos a interac-

---

conformaremos con enviar al lector, para que juzgue por sí mismo, a los dos artículos, el paródico y la rectificación del propio Sokal —ya en castellano (Sokal, 1998a y 1998b)—, y al interesante libro de Sokal y Bricmont (1997), así como también mostrar la preocupación de que la crítica contra el confucionismo postmoderno se convierta en el retorno de la más dura y convencional caza de brujas positivista y tecnocrática, o en un nuevo blindaje a la crítica social de los científicos duros, algo que con este «caso» también ha empezado a producirse. La polémica continúa con textos de categoría que en buena medida responden a Sokal y Bricmont véase la compilación de Jurdant (2003). En este punto la propuesta de Bouveresse (2005) es especialmente clarificadora y abre una vía muy sólida no sólo para reconsiderar “el caso” sino para extraer de él enseñanzas interesantes sobre los usos y abusos del uso literario de las analogías científicas en las ciencias sociales.

cionar, actuar y hablar. En suma, hermenéuticas que prefieren no negar de antemano la conciencia, consistencia y significado de los textos, sino rastrear en ellos la pragmática de los discursos, haciendo concordar el «horizonte» de los posibles significados de los textos con «horizontes» de la conciencia individual y colectiva, así como de la experiencia histórico-cultural del lector<sup>19</sup>.

Por tanto, evidentemente, los discursos no tienen un significado único, pero no por ello tampoco tienen ningún significado, o cualquier significado que el lector les quiera dar. Por ello hay que empezar por interpretar el significado que el autor pretende para sus propios enunciados, siguiendo por el producto textual mismo como realidad positiva con cierta autonomía y con efectos pragmáticos que van más allá de sus «huecos» o «desdecires», entrando, también, en la representación y construcción de realidades, y, por fin, encontrando las condiciones sociohistóricas de recepción y reproducción de los textos y discursos (Bollon 2002). En suma, si al demoler la supermetafísica noción de significado trascendental nos llevamos por delante cualquier significado, por intersubjetivo, pragmático, dialógico, contextual y concreto que éste sea, el resultado es acabar con la posibilidad no sólo de interpretar, sino de que exista realidad social que construye, y es construida, por actores históricos.

Para no caer en el descriptivismo, el realismo o el empirismo más ingenuo, por la vía positivista, o en metafísica clásica, por la vía idealista, no podemos subsumirlo todo en una «razón textual» absoluta que en el fondo es la sinrazón práctica. Sin «razón social», la deconstrucción y su «lectura interesada de la tradición» no es más que un juego de textos y

---

19 Es evidente que estas páginas están inspiradas en varias críticas bien conocidas a la deconstrucción, y específicamente en las de Gadamer (1998: 57-117) y las de Steiner (1998: 145-166); merece la pena, también, revisar los diferentes trabajos que compila Eco (1995 y 2003) sobre el tema de la interpretación y la sobreinterpretación. La polémica entre filosofía hermenéutica gadameriana y deconstrucción se encuentra muy bien presentada en López Sáenz (1997: 57-82) y Grondin (1999).

palabras remitiendo al eco de otros textos y palabras, pero si las palabras tienen sentido con relación a otras palabras es porque se troquelan en patrones sociales y en escenarios institucionales. Los discursos no son sólo palabras, son formas de práctica social que nos remiten a luchas y jerarquías políticas, a contextos pragmáticos, a nichos institucionales, a condiciones materiales y a prácticas no discursivas en un sentido estricto. Los discursos —y su interpretación— nos remiten, pues, a «razones prácticas», en el sentido que le da a este concepto Pierre Bourdieu, es decir, al conjunto de relaciones entre las posiciones y las tomas de posición<sup>20</sup>. En consecuencia, en sociedad, existen límites de posibilidad de los discursos y límites de sus interpretaciones —límites históricos, políticos, económicos, situacionales, etcétera—, de manera que la mayor o menor plausibilidad de los discursos y sus interpretaciones vienen del mayor y mejor reconocimiento contextual de esos límites, aunque sea para superarlos o subvertirlos.

En resumen —y para finalizar este punto—, el deconstruccionismo ha abierto caminos insolentes y efectivos (efectistas) en la crítica de los «pasos en el vacío» de los textos académicos, pero marchando

20 Véase Bourdieu (1997a y 1997b), y una aplicación a la política concreta actual en Bourdieu (1998). En obras importantes de la trayectoria de este autor, dedicadas desde el análisis de las estructuras económicas hasta los mercados lingüísticos (2000a y 2001) se argumenta convincentemente sobre el carácter no tanto racional (tomando el concepto en su sentido utilitarista, calculador y abstracto) como razonable, de la conducta de los agentes sociales, esto es, si los actores se comportan en un ajuste permanente a sus campos de interacción a y a los espacios sociales de oportunidad conflictivamente construidos; de esta manera, su remozado, célebre y muy utilizado concepto de *habitus* serviría como mediador entre los sujetos y sus razones objetivas (Bourdieu 2000b; Bourdieu y Wacquant, 1994: 107-108). Contra esta última aportación y, en general, contra el logocentrismo y el totalitarismo encubierto que encubriría el «proyecto Bourdieu» se pronuncia el libro de Verdès-Leroux (1998: 200-201), en el que parece el intento más cruento, por el momento, de atacar la obra de Bourdieu como si fuera una especie de fortaleza sitiada; para lo que ya se conoce como el caso Verdès-Leroux, ver Martel (1998). Revisiones equilibradas, enriquecedoras y auténticamente informadas (casi la antítesis de la discutible aportación de Verdès-Leroux) de esta figura central de sociología mundial contemporánea son las de Vázquez García (2002) y Pinto (2002).

deslumbrado en pos de demoler todas las falsas dicotomías fundantes del gran texto que forma el pensamiento occidental en su conjunto, se ha olvidado de demasiadas cosas modestas y elementales que le dan a la interpretación de los textos y discursos el carácter de práctica social concreta, con usos concretos, realizada por actores con fines pragmáticos y con estrategias construidas en el seno de una comunidad institucionalmente asentada que impone motivos extratextuales al significado del texto. Como señala Stuart Hall, refiriéndose al conjunto del postestructuralismo, éste sitúa la teoría del discurso —por su énfasis en la pérdida de todo significado— en un punto donde es imposible analizar la desigualdad de una formación social concreta, o incluso apreciar la «unidad en la diferencia» que toda estructura social compleja presenta en su producción y reproducción permanente (Hall, 1998: 29).

#### 4. Mínimo balance desde la irremplazable presencia de los actores sociales

Si hay algo en común que tienen las todas las corrientes de análisis postmoderno de los discursos es la pérdida de relación con el significado, con la referencia. El discurso se convierte en un juego de significantes. Significantes cuyo engarce —gramática— se convierte en objeto de sospecha al imponer un orden, tal como se pretende desde la deconstrucción más académica. Significantes que se cruzan, de un discurso a otro, sin referencia sustancial a lo social en ningún momento de su cristalización, tal como el postmodernismo ha releído el intertextualismo<sup>21</sup>. Significantes/documentos que ya no se analizan desde la representación, como indicios de algo conectado con los marcos de referencia del propio documento, sino en su relación con una masa de otros

21 De la forma en que la impresionante obra de Mijail Bajtin —máximo representante de la concepción dialógica, marxista, praxica, social y material del lenguaje (véase por ejemplo Bajtin 1989)— ha sido sistemáticamente deformada por la recepción postmoderna francesa (vía los lingüistas orientales afincados en París) y norteamericana mucho se puede decir y no demasiado se ha dicho, pero es necesario volver a situar a este gran autor en su contexto original, para ello pueden consultarse los trabajos recogidos por Vauthier y Cátedra (2003).

significantes/documentos, en la creación misma de un orden del discurso –en lectura extrema de la tesis foucaultina– que se consagra como dictador ciego de todas las prácticas. A lo sumo el postmodernismo “micro” de las escuelas conversacionales encuentran en los significantes armas en la lucha situacional entre unos interlocutores sin historia que juegan en espacios tan particulares que cualquier referencia a las estructuras sociales genéricas brillan por su ausencia, la situación se hace aquí idéntica a la explicación (Chaney 2002). Si unos «textualizan» todo, otros «conversacionalizan» todo; se pasa, sin solución de continuidad, de la codificación del lenguaje a la codificación de las situaciones en juegos del lenguaje (Lucy 1997: 57). El sociólogo empírico se ve así o sin función ni misión –¿Para qué la sociología después de la decretada por los postmodernos muerte de lo social?–, disuelta ya definitivamente la sociedad en las puras cadenas significantes o se convierte en mero descriptor de microjugadas del lenguaje sin más sentido que el juego mismo. El giro lingüístico habría acabado así con toda explicación social<sup>22</sup>.

Es fundamental, por tanto, limitar cualquier pretensión a sobreinterpretar la autonomía de los códigos, textos y discursos, lo mismo que es fundamental rechazar la pretensión «materialista vulgar» de reducirlos a meros derivados milimétricos de la estructura social (Harris 2000). El lenguaje y las representaciones simbólicas tienen un papel fundamental en la construcción de los procesos y las prácticas sociales, pero estas prácticas tienen dimensiones fácticas y extradiscursivas que no se

22 Si el giro lingüístico en vez de acaba abriendo nuestro conocimiento al lenguaje sirve para reducir todo al lenguaje acaba produciendo más problemas que los que resuelve. Jean François Petit propone que frente a una textualización reductora del sentido, tal como se hace en el postmodernismo filosófico, habría que trabajar en un conocimiento de lo *interlocutivo*, como la matriz generada de procesos efectivamente comunicativos: “La interlocución deviene raíz del sentido. Desde un punto de vista crítico se debe constatar que esta problemática sobrepasa el cuadro de una simple filosofía de la intersubjetividad. Supone que la intencionalidad no es ni individual ni colectiva, sino que es conjunta dentro de procesos de referencia bilateral” (Petit 2005: 67). Podía ser tomado como un lema para la sociología cualitativa.

pueden reducir a su dimensión textual si no es cayendo en un pansemilogismo estéril e idealista. La hipostatización del discurso es tan aberrante en cuanto a sus resultados intelectuales como la de la pretensión del sujeto esencial, la del significante trascendental, o la del conocimiento como espejo de la realidad, temas todos ellos contra los que se han realizado las aportaciones postmodernas. Una interpretación mínimamente plausible y consistente de los discursos tiene forzosamente que localizar la producción y reproducción de estos textos y discursos en las acciones de sujetos históricos que se sitúan dentro de marcos materiales y sociales con una entidad y una potencia que no pueden ser en ningún caso derivadas de su textualización. La huida del mecanicismo materialista –o de su reverso simétrico, el idealismo humanista– sólo se resuelve apelando a la complejidad y a la multideterminación de dimensiones de lo social, operando en situaciones pragmáticas e históricas y no confundiendo todo en un texto, intertexto o metatexto del que se puede inferir lo que se quiera según la arbitrariedad del lector.

Es evidente que los hechos y las estructuras sociales se hallan siempre mediatizados por y producidos en ámbitos discursivos, pero no podemos decir –como han pretendido implícita y explícitamente las teorías de sensibilidad postmoderna– que los hechos sociales sean sólo articulaciones discursivas (Champagne *et al.* 1993), Comprender la interacción entre textos, estructuras sociales y significados de la acción es una cosa muy diferente a pretender el fin de la historia, los sujetos, las metanarraciones –o el fin de todo para acabar antes– y su diseminación en una pluralidad de textos.

El revulsivo que ha supuesto el postmodernismo para criticar el sujeto esencial o trascendente –o cualquier forma de sujeto cartesiano filosófico, psicológico o económico (Jameson 1996 y 2004)– ha terminado en la fuga nihilista de acabar con todo sujeto. Aquí nos parece una vía más sensata e intelectualmente productiva observar a sujetos empíricos construyéndose mediante prácticas discursivas, con

motivos concretos y en nichos históricos e institucionales operantes. Los textos no son elementos todopoderosos sino cristalizaciones de discursos, que tienen que interpretarse en relación con las condiciones y usos prácticos que intervienen en su generación, formalización y recepción. Los actores individuales y sociales son también agentes —conflictivos— de la discursividad y no sólo meros efectos degradados de ésta. Cuando aparecen los sujetos, aparecen en sistemas institucionales que no se pueden reducir a «textos cristalizados», sino que tienen que ser tomados por formas activas de reproducción del poder y de mediación y resolución de los conflictos. El postmodernismo, al perder de vista las condiciones concretas en las que se producen e interpretan los discursos, cae o bien en una especie de adoración de un poder tan abstracto que es irreconocible o en una forma de pluralismo apocalíptico y negativista —no demasiado diferente del pluralismo liberal aunque teñido de matices libertarios— en la que todos los textos se anulan, entrecruzan y deconstruyen sin que ninguno sea capaz de tener la más mínima capacidad de reflejar realidad alguna. De esta forma aparecen intereses, jerarquías y poderes sociales concretos y formas conflictivas en los dominios de la significación —como la ideología y su capacidad para formar hegemonías políticas y culturales—, que el postmodernismo deja pasar para crear una enorme ceremonia de la confusión.

Otro aspecto paralelo y que determina también el estilo de investigación que podemos esperar de la mentalidad postmoderna es su pose —en última instancia más retórica que otra cosa— de escepticismo cínico y sarcástico<sup>23</sup>. Este sarcasmo que no es nada más que llevar la ironía —sentimiento postmoderno por excelencia— hasta sus últimas consecuencias, fundiendo un relativismo extremo —que acaba en

una desfundamentación también de cualquier ética que no sea puramente adaptativa, contingente y fragmentaria— con un jugueteo estético que contra todo canon defiende el pastiche, la fusión de estilos y la supresión de barreras entre lo considerado como cultura y lo aceptado como moda (Strinati 2003). Esta investigación «sin valores» acaba impidiendo el conocimiento social crítico, para festejar con una sonrisa sardónica el triunfo de los poderes más convencionales, y fundamentalmente el poder del mercado, donde los autores postmodernos se desenvuelven con facilidad y donde no rechazan competir (Alonso 2001) El relativismo que ha introducido el postmodernismo puede ser vivificador y quitar muchas telas de araña que cuelgan de los saberes contemporáneos, pero este relativismo tiene que ser fundamentado en los procesos de creación intersubjetiva, pragmática y consensual de los valores, no en una declaración unilateral de que no hay ninguna realidad normativa posible. Sólo existe conocimiento social como proceso dialógico y reflexivo, producto del enfrentamiento entre visiones que portan pretensiones de validez sobre el mundo y que buscan, de hecho, su transformación práctica, sea de manera directa o indirecta.

## 5. Conclusión

En suma, la recepción del movimiento postmoderno en la investigación social ha supuesto, como era previsible en este tema, una buena dosis de confusión de conceptos, de falsos descubrimientos y de atribuciones equivocadas, lo que ha llevado a que se venga realizando una especie de asimilación dudosa, y desde luego abusiva, entre herramientas intelectuales que se encontraban desde hace decenios entre los útiles interpretativos de los saberes sociales no positivistas (la hermenéutica, el análisis del discurso, las prácticas dialógicas y conversacionales) y una suerte de postmodernismo imperialista que carga con sus valores asociados todo lo que toca. De esta manera, tanto observado de una forma positiva

23 Entre las corrientes postmodernas de análisis del discurso aquí revisadas cabe excluir de este tono a las posiciones intertextualistas, precisamente porque parten de una posición expresa socialmente más crítica y comprometida más allá de los textos; el problema es que muchos de estos análisis, a pesar de sus buenas intenciones de partida, al sacralizar la dimensión textual hasta prácticamente hacer desaparecer cualquier otra, limitan los efectos críticos de sus postulados iniciales.

y natural<sup>24</sup> como presentado con alarma, rechazo y escándalo<sup>25</sup>, se vienen haciendo analogías frecuentes entre el uso de prácticas de interpretación discursiva y condición postmoderna. La verdad es que el giro lingüístico e interpretativo de la filosofía de los últimos años había dejado el terreno abonado para los «excesos» postmodernos. Así, de los juegos del lenguaje hemos pasado al poder absoluto del texto, de la búsqueda del sentido a la quiebra de los metarrelatos, de la apreciación de lo concreto a la voluntad de fragmento, y de la búsqueda del diálogo y el consenso como forma pragmática de verdad a la búsqueda del disenso y el reconocimiento del poder como único criterio de definición de la realidad<sup>26</sup>. En la retórica postmoderna la contingencia en muchos casos ha pasado de ser el resultado concreto de las acciones de los sujetos sociales a un *a priori* radical sobre la volatilidad del sentido de lo social mismo, cuando no un anuncio de la propia muerte de lo social en su conjunto.

Tomando prestados unos cuantos tópicos discursivos de los desarrollos últimos de las ciencias experimentales diversas (caos, fractalidad, catástrofe, azar, borrosidad, bifurcación, estructuras disipativas, etc.) e incrustándolos en lo que es el sustrato funda-

mentador e impulsor del movimiento postmoderno: la semiótica postestructuralista, un curioso fantasma recorre así —quizás desmigajándola— a la hermenéutica contemporánea, reforzando hasta casi hacer único el lado más subjetivista, nihilista y relativizador de la interpretación, hasta convertir a ésta en otra micronarración sin pretensión ni de saber, ni de verdad, sin esencia, sustancia o situación que no sea explicada por los propios contextos —textuales y lingüísticos— de un lector mínimo y minimalista atravesado por contingencias, ambigüedades y diferencias<sup>27</sup>.

Pero esta especie de cierre discursivo —y, sobre todo, textual— de las (anti)interpretaciones de filiación postmodernista deja fuera demasiadas cosas como para satisfacer la mínima sensibilidad sociológica; su centramiento en la retórica, su teoricismo e intelectualismo y su escasa referencia a cualquier uso o práctica que no sea estrictamente lingüística, por no decir estrictamente literaria, hacen que el antisociologismo latente o manifiesto de los planteamientos postmodernos salte casi a la vista<sup>28</sup>. Y si bien tales planteamientos nos pueden aportar intuiciones, materiales de reflexión e iluminaciones particulares, al ser realizados en última instancia, en ese «modo postmoderno», desde el supuesto de un decodificador absoluto (aunque sea presentado como el «lector sin atributos»), también oscurecen y emborronan gran parte de lo que, desde muy diferentes escuelas y tradiciones de pensamiento social (teoría crítica, etnometodología, interaccionismo simbólico, pragmática, fenomenologías hermenéuticas varias, dramaturgia, etc.), había acabado conformando una sociología cualitativa o sociohermenéutica que hace de los actores y grupos sociales, y

24 Ejemplos típicos de atribución del carácter postmoderno a cualquier enfoque discursivo/interpretativo en diferentes disciplinas son los de Howarth (1997), Collier, Minton y Reynolds (1996: 486-533) y Waters (1994: 206-217). Por fin, Denzin y Lincoln (1994: 11), en la introducción de su conocido manual sobre métodos de investigación cualitativa, acaban por hacer unas etapas del pensamiento sociológico cualitativo coronadas por el postmodernismo, considerado como culminación y máximo desarrollo de una especie de «revolución permanente» antipositivista.

25 El más ilustre ejemplo de esta actitud escandalizada, y tal vez, según nuestra opinión, desenfocada, es el de Gellner (1994). Daniel Bell (2007), desde su habitual línea neoconservadora, pero siempre cultísimo y atentísimo a las polémicas intelectuales de su tiempo, abunda matizadamente en esta postura —no por casualidad, en uno de los momentos más intensos de su trabajo echa mano de Gellner—, aunque de manera mucho más flexible.

26 Evidentemente, el gran teórico de la postmodernidad como movimiento cultural es Lyotard (1984); versiones matizadas, reflexivas y críticas son las de Harvey (1989 y 2003), Lash y Urry (1996) y Lash (1997). Por fin, una deliciosa introducción humorística se encuentra en Lemert (1999), donde acaba asegurando que postmodernidad es «todo menos lo que tú te piensas».

27 Como resumen solvente de todos los tópicos sobre la postmodernidad y el postmodernismo, Smart (1992), Lyon (1996) Hart (2004) y especialmente, por su agudeza crítica Bauman (1993 y 2001).

28 No olvidemos que Jean Baudrillard dictamina por decreto "el fin de lo social" y que para introducir este diagnóstico decide echar mano de nuevo, del bellísimo relato de Borges *Del rigor de la ciencia*, donde extrapolando la idea original acaba presentando un territorio que es devorado por el mapa, el original por su espejo, la realidad por sus simulacros, etc. (Baudrillard 1981)

de sus prácticas —concretas, complejas, completas—, no los pretextos para la interpretación, sino los productores y receptores del sentido (Certeau 1996). Lo social es contingente porque es el producto de acciones, conflictos y estrategias de actores concretos en entornos con diferentes grados de libertad no porque se reclame nominalmente la muerte de lo social y su disolución o bien e el individuo (liberalismo) o bien en el puro azar (postmodernismos varios). El sentido de la acción no es sólo una arbitrariedad abierta a la contingencia de la interpretación, sino que se incorpora de manera pragmática a las acciones de los sujetos sociales. Interpretar, así, no es inventar el sentido, sino reconocerlo en el conjunto de relaciones y poderes que enlazan a los grupos sociales y, por lo tanto, (re)construirlo según, también, la posición social del investigador.

En suma, el análisis postmodernista del discurso poco aporta a las herramientas de las que parte para destruir (la fenomenología, la hermenéutica, el análisis estructural, la teoría crítica, la lectura de la intertextualidad inequívocamente sociolingüística de Bajtin, etc.) en lo que se refiere a los elementos prácticos de conocimiento de lo social. Sus exageraciones y ampulósidades han podido despertar conciencias y abrir interpretaciones agresivamente originales, frente a los estudios «tecnológicos» o positivistas, pero también han arrastrado y han abierto paso a una serie de valores y posturas estéticas y retóricas (nihilismo, individualismo, relativismo extremo, confusionismo, sarcasmo, etc.) que ocultan, más que desvelan, los procesos de construcción simbólica de lo social. Para la investigación social parece más lógica una razón práctica basada en el reconocimiento de los sujetos concretos que una razón textual que proclame la disolución de todos ellos. Como dice Brian McHale, al referirse al término postmodernista: «nada relacionado con este término carece de problemas, nada de lo que le concierne es enteramente satisfactorio» (McHale, 1987: 3). Después de la postmodernidad, confiamos, pues, en otra modernidad, en la modernidad

reflexiva de un futuro producido por sujetos sociales no abocados al fatalismo o al nihilismo sino a la conciencia práctica de forjadores de sus destinos en contextos abiertos, pero multideterminados<sup>29</sup> y en modernidad reflexiva tiene mucho que hacer un análisis sociológico de los discursos como reconstrucción crítica, ligada, fundamentalmente, a la situación y a la contextualización histórica de la enunciación; interpretación basada, por tanto, en la fuerza social y en los espacios comunicativos concretos que arman y enmarcan los discursos de los actores concretos como prácticas significantes.

## 6. Bibliografía

- ALONSO, Luis Enrique. 1998. *La mirada cualitativa en sociología*. Madrid: Fundamentos.
- . 2001. *Trabajo y postmodernidad. El empleo débil*. Madrid: Fundamentos.
- . 2005. *La era del consumo*. Madrid: Siglo XXI.
- ANDERSON, Perry. 1998. *The Origins of Postmodernity*. Londres: Verso.
- ASENSI, Manuel (ed.). 1990. *Teoría literaria y deconstrucción*. Madrid: Arco.
- BAJTIN, M. 1989. *Teoría y estética de la novela*. Madrid: Taurus.
- BARTHES, Roland. 2002. *Le Neutre. Cours au Collège de France (1977-1978)*. París: Seuil.
- BAUDRILLARD, Jean. 1981. *Simulacres et simulation*. París: Galilée.
- BAUMAN, Zygmunt. 1993. *Postmodern Ethics*, Oxford: Blackwell.
- . 1997. *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la postmodernidad y los*

<sup>29</sup> Sobre el tema de las ambivalencias, contradicciones e imposiciones de la modernidad, pero a la vez de sus posibilidades de cambio consciente y reflexivo véanse Lash (1999,2003) y Bauman (2005). Metodológicamente Burke (2007) nos muestra las potencialidades del uso del método histórico —centro por antonomasia del pensamiento humanista moderno, denostado por todas las escuelas postmodernas posibles en su batalla contra la historia como primer metarrelato de dominación— en su articulación con los recientes hallazgos de las escuelas más enriquecedoras de las ciencias sociales contemporáneas.

- intelectuales*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Quilmes.
- \_\_\_\_\_. 2001. *La postmodernidad y sus descontentos*. Akal: Madrid.
- \_\_\_\_\_. 2003. *Liquid Love. On the Frailty of Humand Bonds*. Cambridge: Polity Press.
- \_\_\_\_\_. 2005. *Modernidad y ambivalencia*. Barcelona: Anthropos.
- BELL, Daniel. (2007): "Epílogo de 1996 a «Las contradicciones culturales del capitalismo»". Pp. 43-123 en *Las contradicciones culturales de la modernidad*, editado por J. Beriain y M. Aguiluz. Barcelona: Anthropos.
- BERMAN, Marshall. 1988. *Todo lo sólido se desvanece en el aire*. Madrid: Siglo XXI.
- \_\_\_\_\_. 2003. *Aventuras marxistas*. Madrid: Siglo XXI.
- BERGER, Arthur Asa (ed.) 1998. *The Postmodern Presence*. Londres: AltaMira Press.
- BOLLON, Patrice. 2002. *Esprit d'époque. Essai sur l'âme contemporaine et le conformisme naturel de nos sociétés*. París: Seuil.
- BONNELL, V. E. y L. HUNNT. 1999. "Introducción". En *Beyond the Cultural Turn. New Directions in the Study of Society and Culture*, editado por V. E. Bonnel y L. Hunnt. Berkeley: University of California Press.
- BOURDIEU, Pierre. 1991. *El sentido práctico*. Madrid: Taurus.
- \_\_\_\_\_. 1997a. *Capital cultural, escuela y espacio social*. México: Siglo XXI.
- \_\_\_\_\_. 1997b. *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*, Barcelona: Anagrama.
- \_\_\_\_\_. 1998. *Contre-feux*. París: Liber/Raisons d'Agir.
- \_\_\_\_\_. 2000a. *Les structures sociales de l'économie*. París: Seuil.
- \_\_\_\_\_. 2000b. *Esquisse d'une théorie de la pratique*. París: Seuil/Points.
- \_\_\_\_\_. 2001. *Langage et pouvoir symbolique*, París: Seuil/Points.
- BOURDIEU, Pierre y Loïc J. D. WACQUANT. 1994. *Per a una sociologia reflexiva*. Barcelona: Herder.
- BOUVERESSE, Jacques. 2005. *Prodigios y vértigos de la analogía: sobre el abuso de la literatura en el pensamiento*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- BURKE, Peter. 2007. *Historia y teoría social*, Buenos Aires: Amorrortu.
- BUTLER, A.M. y B. BORD. 2003. *Postmodernism*. Londres: Pocket Essentials.
- BUTLER, Ch. 2002. *Postmodernism. A Very Short Introduction*. Oxford: Oxford University Press.
- CALLINICOS, Alex. 1989. *Against Postmodernism: A Marxist Critique*. Cambridge: Polity Press.
- \_\_\_\_\_. 1999. *Social Theory*. Cambridge: Polity Press.
- CERTEAU, Michel de (1996): *La invención de lo cotidiano*. México: Universidad Iberoamericana.
- CHAMPAGNE, Patrick; R. LENOIR y otros. 1993. *Iniciación a la práctica sociológica*. México: Siglo XXI.
- CHANEY, D. 2002 *Cultural Change and Everyday Life*. Londres: Palgrave.
- CLIFFORD, James. 1995. *Dilemas de la cultura*. Barcelona: Gedisa.
- COLAIZZI, G. (ed.) 1990. *Feminismo y teoría del discurso*, Madrid: Cátedra.
- COLLIER, G.; H. MINTON y G. REYNOLDS. 1996. *Escenarios y tendencias de la Psicología Social*. Madrid: Tecnos.
- CONNOR, Steven. 1996. *Postmodernist Culture*. Oxford: Blackwell.
- CUFF, E. C.; W. W. SHARROCK y D. W.F RANCIS. 1998. *Perspectives in Sociology* Londres: Routledge.
- CULLER, Jonathan. 1978. *La poética estructuralista*. Barcelona: Anagrama.
- \_\_\_\_\_. 1984. *Sobre la reconstrucción. Teoría y crítica después del estructuralismo*. Madrid: Cátedra.
- \_\_\_\_\_. 1987. *Barthes*. México: Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_\_. 1998. "Presupposition and Intertextuality". Pp. 20-33 (Vol. 11) en *Postmodernism. Critical Concepts*, editado por V. E. Taylor y Ch. E. Winquist. Londres y Nueva York: Routledge.



- CUSSET, F. 2003. *French Theory*, París: La Découverte.
- DENZIN, N. K., y LINCOLN, Y. (eds.) 1994. *Handbook of Qualitative Research*, Thousand Oaks, California: Sage.
- DERRIDA, Jacques. 1971. *De la gramatología*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- \_\_\_\_\_. 1975. *La diseminación*. Madrid: Fundamentos.
- \_\_\_\_\_. 1989. *Escritura y diferencia*. Barcelona: Anthropos.
- \_\_\_\_\_. 1993. *La deconstrucción en las fronteras de la filosofía*. Barcelona: Paidós.
- \_\_\_\_\_. 1995. *Espectros de Marx*. Madrid: Trotta.
- \_\_\_\_\_. 1997. *El tiempo de una tesis: Deconstrucción e implicaciones conceptuales*. Barcelona: Proyecto A.
- \_\_\_\_\_. 1998a. *Memorias para Paul de Man*. Barcelona: Gedisa, 2.ª ed.
- \_\_\_\_\_. 1998b. *Políticas de la amistad*. Madrid: Trotta.
- DESCOMBES, V. 1988. *Lo mismo y lo otro. Cincuenta y cinco años de filosofía francesa (1933-1978)*. Madrid: Cátedra.
- DOSSE, F. 2004. *Historia del estructuralismo*, Madrid: Akal.
- DRURY, Shadia. 1994. *Alexandre Kojève: The Roots of Postmodern Politics*. Londres: Palgrave/Macmillan.
- \_\_\_\_\_. 2005. *The Political Ideas of Leo Strauss*. Edición revisada. Nueva York: St. Martin's Press.
- EAGLETON, Terry. 1993. *Una introducción a la teoría literaria*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- \_\_\_\_\_. 1996. *The Illusions of Postmodernism* Oxford: Blackwell.
- \_\_\_\_\_. 2005. *Después de la teoría*, Barcelona, Debate
- ECO, Umberto. 1988. *Apostillas a «El nombre de la rosa»*. Barcelona: Lumen.
- \_\_\_\_\_. 1998. *Cinco escritos morales*. Barcelona: Lumen.
- \_\_\_\_\_. 2003. *Dire quasi la stessa cosa. Esperienza di traduzione*. Milán: Bompiani.
- \_\_\_\_\_. 2007. *A paso de cangrejo*. Barcelona: Debate.
- ECO, Umberto y otros. 1995. *Interpretación y sobreinterpretación*. Cambridge: Cambridge University Press.
- FABB, N., y otros (eds.) 1989. *La lingüística de la escritura*. Madrid: Visor.
- FOLLARI, R., y LANZ, R. (eds.) 1998. *Enfoques sobre posmodernidad en América Latina*. Caracas: Sentido.
- FOUCAULT, Michel. 2001. *Dits et écrits*, París: Gallimard.
- FUCHS, S. 1992. «Relativism and Reflexivity in the Sociology of Scientific Knowledge», en G. Ritzer (ed.), *Metatheorizing*, Newbury Park (Cal.): Sage.
- GADAMER, Hans-Georg. 1998. *El giro hermenéutico*. Madrid: Cátedra.
- GELLNER, Ernest. 1994. *Posmodernismo, razón y religión*. Barcelona: Paidós.
- GIDDENS, Anthony. 1990. "El estructuralismo, el postestructuralismo y la producción de la cultura". En *La teoría social hoy*, compilado por A. Giddens y J. Turner. Madrid: Alianza.
- GIROUX, H. A. 1996. *Placeres inquietantes. Aprendiendo la cultura popular*. Barcelona: Paidós.
- GRONDIN, Jean. 1999. *Introducción a la hermenéutica filosófica*. Barcelona: Herder.
- GROS, F. 1996. *Michel Foucault*. París: PUF.
- HABERMAS, Jürgen. (1989): *El discurso filosófico de la modernidad*, Madrid: Taurus.
- \_\_\_\_\_. 1994. *Ensayos políticos*. Barcelona: Península .
- HALL, S. 1998 "Significado, representación e ideología: Althusser y los debates post-estructuralistas". Pp. 27-62 en *Estudios culturales y comunicación*, editado por J. Curran, D. Morley y V. Walkerdine. Barcelona: Paidós.
- HARVEY, D. 1989. *The Condition of Postmodernity*, Oxford: Blackwell.
- \_\_\_\_\_. 2003. *Espacios de esperanza*. Madrid: Akal.
- HARRIS, M. 2000. *Teorías sobre la cultura en la era posmoderna*. Barcelona: Crítica.

- HART, K. 2004. *Postmodernism*. Oxford: Oneworld.
- HOWARTH, David. 1997. "Teoría del discurso". En *Teoría y métodos de la ciencia política*, editado por D. Marsh y G. Stoker. Madrid: Alianza.
- ÍÑIGUEZ, Lupicinio. 1997. "Discourses, Structures and Analysis: What Practices? In Which Contexts?" Pp. 147-156 en *Critical Social Psychology*, editado por T. Ibáñez y L. Íñiguez. Londres: Sage.
- IRIGARAY, L. 1984. *Éthique de la différence sexuelle*. París: Minuit.
- \_\_\_\_\_. 1992. *Yo, tú, nosotras*. Madrid: Cátedra.
- JAMESON, F. 1996. *Teoría de la postmodernidad*. Madrid: Trotta.
- \_\_\_\_\_. 2004. *Una modernidad singular. Ensayo sobre la ontología del presente*. Barcelona: Gedisa.
- JAY, M. 1998. *Cultural Semantics. Key Words of Our Time*. Amherst (Mass.): University of Massachusetts Press.
- JENCKS, Charles. 1977. *El lenguaje de la arquitectura postmoderna*. Barcelona: Gustavo Gili.
- JURDANT; B. (ed.) 2003. *Imposturas científicas. Los malentendidos del caso Sokal*. Madrid: Cátedra.
- KELLNER, D. 1990. "The Postmodern Turn: Positions, Problems, and Prospects". Pp. 255-286 en *Frontiers of social. The new syntheses theory* editado por G. Ritzer. Nueva York: Columbia Univ. Press.
- LASH, Scott. 1997. *Sociología del postmodernismo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- \_\_\_\_\_. 1999. *Another Modernity. A Different Rationality*, Oxford: Blackwell.
- \_\_\_\_\_. 2002. *Critique of Information*. Londres: Sage.
- LASH, S., y URRY, J. 1996. *Economies of Signs and Space*. Londres: Sage.
- LECERCLE, J. J. 1990. "Postmodernism and Language". En *Postmodernism and Society* editado por R. Boyne. Londres: McMillan.
- LECHNER, N. 1988. "Un desencanto llamado postmodernidad" *Punto de Vista* (Buenos Aires), nº 33, pp. 21-39.
- LEMERT, Ch. 1999. *Postmodernism Is Not What You Think*. Oxford: Blackwell.
- LÓPEZ SÁENZ, M<sup>a</sup> Carmen. 1997. "Filosofía hermenéutica y deconstrucción" *Revista de Filosofía*, Vol.X (18), pp. 57-82.
- LUCY, N. 1997. *Postmodern Literary Theory*. Londres: Blackwell.
- LYON, D. 1996. *Postmodernidad*. Madrid: Alianza.
- LYOTARD, J. F. 1984. *La condición postmoderna*. Madrid: Cátedra.
- MARTEL, F. 1998. "Jeannine Verdès-Leroux: contre Bourdieu", *Magazine Littéraire*, nº 369, pp. 63-65.
- MAY, T. 1994. *The Political Philosophy of Poststructuralist Anarchism*. Pennsylvania: Pennsylvania State University Press.
- MCCARTHY, Th. 1987. *La teoría crítica de Jürgen Habermas*. Madrid: Tecnos.
- \_\_\_\_\_. 1992. *Ideales e ilusiones. Reconstrucción y deconstrucción en la teoría crítica contemporánea*. Madrid: Tecnos.
- MCHALE, B. 1987. *Postmodernist Fictions*. Londres y Nueva York: Routledge.
- MESCHONNIC, H. 2002. *Modernité, modernité*, París: Gallimard/Folio.
- MONTSERRAT MOLAS, Josep. 2007. "La pretendida actualidad del debate entre L. Strauss y A. Kojève" *Isegoría*, nº36, pp. 261-273.
- MORENO PESTAÑA, José Luis. 2006. *Convirtiéndose en Foucault. Sociogénesis de un filósofo*, Barcelona, Montesinos.
- \_\_\_\_\_. 2008. *Filosofía y sociología en Jesús Ibáñez. Genealogía de un pensador crítico*. Madrid: Siglo XXI.
- MORO ABADÍA, O. 2006. *La perspectiva genealógica de la historia*. Santander: Universidad de Cantabria.
- NAREDO, J.M. 2006. *Raíces económicas del deterioro económico y social*. Madrid: Siglo XXI.
- NICHOLSON, L., y SEIDMAN, S. (eds.) 1995. *Social Postmodernism. Beyond identity politics*. Cambridge: Cambridge University Press.
- NORRIS, Christopher. 1987. *Derrida*. Londres: Fontana.

- \_\_\_\_\_. 1988. *Paul de Man: Deconstruction and the Critique of Aesthetic Theory*, Londres: Routledge.
- \_\_\_\_\_. 1997. *Teoría crítica. Postmodernismo, intelectuales y Guerra del Golfo*. Madrid: Cátedra.
- \_\_\_\_\_. 1998. *¿Qué le ocurre a la postmodernidad?* Madrid: Tecnos.
- PEÑALVER, P. 1990. *Deconstrucción*. Barcelona: Montesinos.
- PEREDA, C. 1998. "Argumentación y violencia". Pp. 327-339 en *El mundo de la violencia*, editado por A. Sánchez Vázquez. México: UNAM/Fondo de Cultura Económica.
- PETIT, J. F. 2005. *Penser après les postmodernes*, París, Buchet/Chastel.
- PINTO, L. 2002. *Pierre Bourdieu y la teoría del mundo social*. México: Siglo XXI.
- RÁBAGO, J. 1995. "El doble juego de la postmodernidad en la arquitectura". En *Postmodernidad en el mundo contemporáneo*, Compilado por H. Orozco. México: Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Oriente.
- REYNOSO, C. 1991 "Presentación". En *El surgimiento de la antropología posmoderna*, compilado por C. Reynoso. México: Gedisa.
- RIO, Ángel del. 1996 *Historia de la literatura española*, Barcelona: Ediciones B.
- RIPALDA, J. M. 1996. *De Angelis. Filosofía, mercado y postmodernidad*. Madrid: Trotta.
- RODRÍGUEZ GARCÍA, J. L. 2006. *Crítica de la razón postmoderna*. Madrid: Biblioteca Nueva.
- SARTRE, J. P. 1972. *¿Qué es la literatura?* Buenos Aires: Losada.
- RORTY, R. 1996. *Consecuencias del pragmatismo*, Madrid: Tecnos.
- SMART, B. 1992. *Postmodernity*. Londres: Routledge.
- SOKAL, A. 1998a. "Transgrediendo los límites: hacia una hermenéutica transformadora de la gravedad cuántica" *La Balsa de la Medusa*, nº 45-46, pp. 9-42.
- \_\_\_\_\_. 1998b. "Epílogo (remitido a *Social Text*)" *La Balsa de la Medusa*, nº 45-46, pp. 43-69.
- SOKAL, A. y J. BRICMONT. 1997. *Impostures Intellectuelles*. París: Odile Jacob.
- STEINER, G. 1998. *Presencias reales*. Barcelona: Destino.
- STEWART, M. 1998. *La verdad sobre todo. Una historia irreverente de la filosofía con ilustraciones*. Madrid: Taurus.
- STRAUSS, Leo. 2004. *¿Progreso o retorno?*, Barcelona, Paidós.
- STRINATI, D. 2003. *Introduction to Theories of Popular Culture*. Londres: Routledge
- VAUTHIER B. y CATEDRA, P. (eds.) 2003. *Mijail Bajtín en la encrucijada de la hermenéutica y las ciencias humanas*. Salamanca: Semyr
- VATTIMO, G. 1986. *Las aventuras de la diferencia. Pensar después de Nietzsche y Heidegger*. Barcelona: Península.
- VÁZQUEZ GARCÍA, F. 1995. *Foucault. La historia como crítica de la razón*. Barcelona: Montesinos.
- \_\_\_\_\_. 2002. *Pierre Bourdieu. La sociología como crítica de la razón*. Barcelona: Montesinos
- VEIGA NETO, A. J. (ed.) 1997. *Crítica postestructuralista y educación*. Barcelona: Laertes.
- VERDÈS-LEROUX, J. 1998. *Le savant et la politique. Essai sur le terrorisme sociologique de Pierre Bourdieu*. París: Grasset.
- WATERS, M. 1994. *Modern Sociological Theory*. Londres: Sage.
- WOLFF, J. 1997. *La producción social del arte*. Madrid: Istmo.
- YURKIEVICH, Saúl. 1996. *La movediza modernidad*. Madrid: Taurus.
- ZURBRUGG, Nicholas. 2000. *Critical Vices. The myths of postmodern theory*. Amsterdam: Gordon and Breach.